

Si Bóreas bramador sopla en octubre,
en albornoz nubífero lo cubre;
fustígalo el relámpago severo;

y el labrador, que al porvenir se lanza,
arroja en cada surco una esperanza
con la proximidad del aguacero.

El Cerro de las Campanas

Escueto, sin verdor, sin una rama
que ceñirte a la sien como atavío,
ves a tus plantas resbalar el río
sobre lecho magnífico de grama.

¡Oh, tal parece que con viva llama
te abrasa el fuego de voraz Estío!
¡Todo es en tí fantástico y sombrío
todo las gracias del Abril reclama!

¡Cuántos recuerdos pueblan mi memoria!
Cada una de tus piedras guarda escrita
con lágrimas y sangre infanda historia.

¿Quién al hollar tu cumbre no medita
que aquí, de un rey al acabar la gloria,
renació la República bendita?

Santa María del Pueblito

Un misionero fraile franciscano,
a los indios idólatras un día
puso la dulce imagen de María
en la triste aridez de un altozano.

Crédulo el pueblo y por demás liviano,
vió sobrenatural la epifanía,
y humilde y reverente y con fe pía
se convirtió bajo el poder cristiano.

Cuando el buen labrador muestra su duelo
—pues Neptuno los campos desampara
y está grietado y sin verdor el suelo—

a la Imagen conduce a Santa Clara,
y lluvia torrencial le brinda el cielo,
y cosecha profícua le depara.

Al Seminario

¡Salve, asilo de paz, tersa fontana
donde gozosa estudiantil caterva,
de ignorancia y pecado se preserva
por beber linfa de verdad cristiana!

Mi ánima herida tras de lucha vana
busca tu arrimo como humilde sierva,
no por ceñirse lauros de Minerva
sino por verse sin zozobra y sana.

Yo que moré tranquilo en la puericia
bajo tu aula, y como en dulce idilio
aspiré de tu ambiente la delicia,

cercano a la vejez, impetro auxilio
de la sagrada mano pastoricia (*)
que me mostró los versos de Virgilio.

(*) El actual Obispo de Querétaro, Monseñor Rivera, fué profesor de latín en este colegio.

La Fuente Turbia

Brota sonante al pie de una colina
la fontana de túrbidos raudales,
sin retratar jamás en sus cristales
la cúpula del cielo zafirina.

El frondoso Perú, que el viento inclina,
le ofrece sus racimos de corales,
y tardos y sumisos animales
en ella abrevan cuando el sol declina.

Cuentan que una zagala encantadora,
que más que por el agua de la fuente
fué por Mirtilo al despuntar la aurora,

no hallando a su zagal, bajó la frente;
y el llanto que vertiera la pastora
enturbió desde entonces la corriente.

La Cruz de la Montaña

¡Oh, qué erguida que estás en lo elevado
del peñón que circuye la maleza;
qué rústico el altar donde te reza,
tarde por tarde, el campesino honrado!

Al evocar la mente tu pasado
salta a los ojos llanto de terneza;
que en tí Jesús, herido con vileza,
murió por redimirnos del pecado.

Y pues abres los brazos protectora
a todo el que te busca con anhelo
—insignia de pasión, cruz redentora—

deja acogerme a tí, se mi consuelo,
y se también la tabla salvadora
que en el naufragio me conduzca al cielo.

A un Sauce

Te vuelvo a ver en el lugar natío
que hoy con lágrimas riego de terneza;
aun conservas grabado en la corteza
lo que esculpí al dejarte: el nombre mío.

Guardián añoso de mi hogar sombrío,
deja que, peregrino en mi trizteza,
el báculo deponga con pereza
y duerma al pie de tu ramaje umbrío.

¡Qué bien me siento aquí! Con voz pausada
me arrulla la torcaz; Favonio agreño
roza mi sien con su ala perfumada;

y tan grata es tu sombra, que mi empeño
es transplantarte a la feliz morada
en que deba dormir mi último sueño.

Regina Virginum

Este jirón del mundo americano
con heroico valor no ha permitido,
verse como el esclavo envilecido
de hinojos a las plantas del tirano.

Su águila libre y su nopal indiano
de Imperio usurpador lo han defendido:
he ahí el Cerro... cadalso que teñido
de púrpura dejó Maximiliano.

Y a tí, del Tepeyac Virgen clemente,
de la joven República patrona,
—pues que velas por ella diligente—

¿quién ofuscado y necio te destrona?
¡Llevar bien puedes en la bruna frente,
Reina de Anáhuac, la imperial coronal

El Nacimiento

Es el sitio más fértil de Apaseo:
en medio a un bosque siempre florecido,
un lago transparente y adormido
infunde al alma celestial recreo.

El cisne con pausado balanceo
cruza la mansa linfa, el cuello erguido,
—esquife por el céfiro impelido
que abre surcos de plata en su paseo.—

Allí ofrece el zenzontle delicado
trino, y la placidez de la floresta
«el sueño más tranquilo y regalado;»

allí el zagal, a la hora de la siesta,
mientras pace disperso su ganado,
cabe sabino umbroso se recuesta.

La Cueva del Cedazo

Del cerro más hermoso que rodea
un pueblecillo de eternal verdura,
garruladora baja el agua pura
que en oculta fontana gluglutea.

Ora por los peñascos culebrea,
los líquenes llenando de frescura,
ora se precipita en una obscura
cueva donde desgránase y gotea.

La Cueva del Cedazo

Del cerro más hermoso que rodea
un pueblecillo de eternal verdura,
garruladora baja el agua pura
que en oculta fontana gluglutea.

Ora por los peñascos culebrea,
los líquenes llenando de frescura,
ora se precipita en una obscura
cueva donde desgránase y gotea.

Allí crece a los ojos el encanto:
es de ver a curiosos caminantes,
de la florida gruta bajo el manto,

observar cuál se filtra entre gigantes
bloques de piedra, el agua como llanto
de perlas irisadas y tremantes.

In Raphaelis episcopi

queretanensis obitu.

¿Dónde fuiste, Pastor? Los triscadores
hatos que apacentaste cuidadoso,
al no escuchar tu pífono armonioso
sin rumbo se dispersan baladores.

¡Ah de la grey! Ni linfa ni verdores
halla en el yermo campo y pavoroso,
y si discurre por el bosque umbroso
queda expuesta del lobo a los furores.

¿Donde fuiste, Señor? La pastoría
cuya fué tu heredad, se ha desolado
y en ella vuela y plañe la elegía.

¡Ah de la grey! ¡Que surja otro Prelado
que sea, por su amor a la fe pía,
digno de asir el huérfano cayado!

A un añojo

Fronte curvatus imitatus ignes
Fertium Lunaë referentis ortum;
Quã notam duxit, niveus videri
Cætera fulvus
Horacio Lib. IV, oda II.

Tienes lucia la piel, color bermeja,
glaucos los ojos, dulce la mirada,
y un manchón en tu frente despejada
a fuer de albo lucero se refleja.

A una naciente luna se asemeja
tu testa precozmente coronada,
y airoso mueves, cual de flor preciada,
un pétalo rosáceo en cada oreja.

Tal vez mañana, en la coyunda preso,
surques el haza emasculado toro,
símbolo de trabajo y de progreso.

Hoy eres un gentil BECERRO DE ORO;
y, aunque no soy idólatra, confieso
que por bello y mirífico te adoro!

El Beso

Bajo el dombo del bosque se divisa
—nota blanca en un fondo de verdura—
un cordero al que Filis con ternura
y grácil mano el vellocino alisa.

Sonríó ante la escena. Y mi sonrisa
enciende de la niña la hermosura;
tal un súbito rayo de luz pura
a la paloma tornasol irisa.